

DIÁLOGO ABIERTO ENTRE UN CEREBRO Y UN CORAZÓN

Es difícil resignarse ante la muerte de un hombre querido y admirado. Desde que nacemos, esperamos siempre la muerte, y siempre la muerte nos sorprende. Ella, la esperada, es siempre la inesperada. La siempre inmerecida

Octavio Paz

Mi corazón nació un 22 de agosto y mi cerebro tres días después, de manera que uno es Leo y el otro el signo que le sigue, Virgo, creo. Nací dos meses antes de lo que me correspondía. Esto quiere decir que, en realidad, si todo hubiese ido como tenía que ir, mi corazón y mi cerebro hubiesen tenido otro signo; pero no fue así, nació un caluroso día de agosto, quiero decir, mi corazón nació un 22 de agosto y mi cerebro tres días después. Cuando me preguntan la fecha de nacimiento, yo contesto la fecha en la que nació mi cerebro, y, sin embargo, celebro la fecha en la que nació mi corazón.

De todas formas, no creo en los horóscopos, ni en casi ninguna cosa. Quiero decir, que mi cerebro no cree en casi ninguna cosa y que mi corazón cree en algunas más, y que cada uno va por libre, aunque el corazón sea el que mande al cerebro la sangre llena de oxígeno fresco que necesita, y éste le envíe a aquél alguna que otra impresión. «Los dos tenemos siete letras y empezamos por «c», se dicen el uno al otro cuando se ponen de acuerdo; pero, como en las mejores familias, casi nunca lo están.

El caso es que el tema empezó a complicarse aún más cuando un día me explicaron que tenía dos nacionalidades y cuando me dí cuenta de que, efectivamente, en la casa de mis amigos se hablaba un solo idioma y en la mía, dos. Esto quería decir que no sólo mi corazón había nacido un día y mi cerebro tres días después sino que, además, cada uno de ellos podía optar a distintas nacionalidades.

No tengo que explicar aquí que con estos precedentes mi vida ha sido un tanto confusa. Cuando me fui a graduar la vista el oftalmólogo me

ratificó lo que estoy contando. «Tiene Vd. un ojo hipermetrope y el otro miope», me dijo. Y no me extrañó nada. Aquello me confirmó que por uno de mis ojos mira el cerebro, y por el otro, lo hace el corazón.

Un día, mi corazón y mi cerebro se pusieron de acuerdo para volver a la Universidad. Ambos creían, y lo siguen creyendo, que la Universidad es un buen sitio para estar, uno de los mejores. Por aquel entonces ambos se habían emancipado. Habían encontrado juntos por la mañana un trabajo en una librería y no querían renunciar a ir por la tarde a la Universidad que, como hemos dicho, era el sitio en el que ambos estaban de acuerdo que era el mejor sitio en el que se podía estar.

Empezaba el curso del año 83 y fue ese año cuando mi cerebro, mi corazón y todos los órganos que mueven esta máquina extraña que soy se matricularon en cuarto curso de Filología española. «Para aprender literatura solamente hay que tener voluntad de aprender literatura», se decían, «sí, además, tenemos buenos profesores, el resultado va a ser mucho mejor».

Un buen profesor no es sólo aquél que ha estudiado mucho y conoce a fondo la materia que imparte, es también aquél que consigue que sus alumnos se interesen por lo que está contando, el que les incita a saber más, el que, como Virgilio en *La divina comedia*, les va descubriendo lo que existe detrás de las portadas de los libros. Como un buen escritor sabe mantener el deseo del lector de conocer lo que va a ocurrir al final de su historia bien mediante el desarrollo de un buen argumento, bien con el manejo de las técnicas o del estilo, así, el buen profesor conoce los sistemas para mantener despierto el interés de sus alumnos. Yo tuve la suerte de tener entre mis profesores a un gran profesor.

Han pasado desde entonces casi quince años. Asistí a sus clases en cuarto y quinto. Elegí como asignatura optativa la que él daba, «Modernismo», a última hora de la tarde en un aula tan fría que tomábamos apuntes con abrigos, bufandas y guantes puestos. Había un grupo de alumnos que seguíamos sus clases todos los días y que nos quedábamos muchas veces después a comentar lo que habíamos oído en ellas. Lo que decía Jesús desde el estrado calaba hondo en muchos de nosotros que queríamos ser escritores, profesores o que sencillamente éramos lectores. Después hice los cursos de doctorado, «Vicente Huidobro y el Creacionismo». Le pedí que me dirigiera la tesis y aceptó.

Recuerdo el tiempo que pasé en la Universidad como uno de los mejores. Era el único lugar donde mi confuso organismo encontraba paz y tiempo y dejaba de pensar en sí mismo, que no es poco, y en su dilema. Desde entonces, he escrito muchos artículos sobre literatura hispanoamericana y no creas que no pienso que en gran parte se ha debido a que en el año 83 elegí el turno de tarde y que en aquel turno daba clases Jesús Benítez, mi profesor.

Soy de las personas que creen que los buenos momentos son pequeños tesoros que quedan guardados en un lugar especial de la memoria y que el sonido de las conversaciones nunca muere, que permanece en algún sitio y se deja oír de vez en cuando. Ahí están mis conversaciones con Jesús sobre poesía y poetas, sobre libros y escritores, sobre amigos comunes y proyectos. En alguna parte, seguramente en la Universidad Complutense, entre el primer departamento de Hispanoamericana y el segundo, en el comedor del Hotel Felipe II donde los dos participamos en un curso de verano sobre Bioy Casares en el año 94 o entre los anaqueles de la librería Hiperión donde nos encontramos casualmente una vez, permanece todo aquello que dijimos sobre López Velarde, el poeta posmodernista mexicano, admirador de Lugones; sobre Xavier Villaurrutia, componente del grupo vanguardista «Contemporáneos», y su libro *Nostalgia de la muerte*, cuyo título me cuesta hoy pronunciar; sobre Vicente Huidobro y la perspectiva desde la que está escrita *Altazor*; sobre *Las memorias de un literato* de Rafael Cansinos-Asséns, sobre los libros sobre García Lorca que Ian Gibson ha escrito y ese largo etcétera de conversaciones que forman ahora parte de mi patrimonio sentimental. Esos lugares guardan también lo que dijimos sobre Rubén Darío y su poema «La negra Domínguez», la conversación que mantuvimos con Vlady Kociancich sobre *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell y sobre todo conservan la imagen de Jesús, con su juventud elegante, sus camisas floreadas y su pañuelo rojo anudado al cuello, imagen atípica entre los profesores de la universidad en aquel entonces en el que como norma, muy pocos años antes, habían estado los policías antidisturbios presidiendo el hall y los pasillos. Parecía, pienso, uno de esos ángeles que presenta Win Wenders en *Cielo sobre Berlín*.

El 11 de marzo fue el último día que nos vimos. Era lunes y quedamos a media mañana en el departamento. Hablamos, como siempre, de libros, de narradores jóvenes hispanoamericanos, de la tesis, de proyectos inmediatos, de la fotografía de mujeres sufragistas que tenía pegada en la vitrina, de los cuentos que había escrito, de lo que había escrito yo.

El caso es que ya ha pasado casi un año y estamos a finales de febrero. El invierno ha sido frío, con lluvia y con nieve y todos seguimos más o menos como siempre. Me gustaría que supiera que le echamos en falta, que me he mudado de casa otra vez, que he cambiado de número de teléfono, que los que le conocimos no le vamos a olvidar.

Te preguntarás por qué empieza esta carta de la manera en que lo hace, hablando de cerebros y corazones, nacimientos, fechas y nacionalidades. Era solamente una forma de empezar, una forma de explicarme a mí misma esto otro: que mi corazón me dice que algún día volveré a verle, que mi cerebro, sin embargo, se empeña en decir que no.